

Nunca se sabe de dónde nos vendrá la ayuda.

Puede que nunca olvidara la cara que estaba viendo en estos momentos. O sí. Lo que estaba claro es que la experiencia que acababa de vivir la recordaría para los restos. Habían sido unos 20 minutos desde que subió al autobús y se percató de que la miraba. Seguramente porque no tenía otra cosa a la que mirar y ella, a fin de cuentas, era guapa, tenía buen tipo y gusto con la ropa. Llamaba la atención. Le vio y pensó que era uno de esos viejos verdes que se dedican a mirar a las chicas guapas como ella. “Mírale, con su media barba cana, el cartón asomándole y su ropa de rebajas de grandes almacenes. Se pensará que no me estoy dando cuenta. A ti te gustaría, pajarero. A saber lo que hará cuando llegue a casa”. Él la miraba, desviaba la mirada hacia la ventana, nadie en la calle, oscuridad y farolas encendidas, vuelve la mirada al autobús vacío, no, está ella haciéndose la distraída, jugueteando con el móvil. “¡Qué joven! Quién la pillara con 30 años menos. Pero ¿de qué voy? Si podría ser mi hija. Qué pesadez. Al menos llegaremos rápido al no haber pasajeros. A ver dónde se baja esta”.

Quince minutos de trayecto y el autobús se para. Los dos únicos pasajeros se bajan. Ella va delante y anda deprisa. Él se queda rezagado y va despacio, con un andar cansino, como no queriendo llegar a casa. Ella sigue avanzando y dobla la esquina de un grupo de viviendas unifamiliares adosadas en un barrio residencial desierto lleno de grupos de casas iguales alumbradas por las farolas nuevecitas en una noche cerrada en la que empieza a caer la niebla. Él sigue despacio en la misma dirección, ya no la ve porque ha doblado la esquina pero la oye. Y otra voz masculina. ¿A dónde crees que vas? Déjame en paz, que te deje dices, sí que me dejes te he dicho que ya no quiero, que no quieres ¿eh? porque estás con otro, no sabes lo que te quiero, pero tú qué vas queriendo, solo te quieres a ti, cómo puedes decir eso. Grito. Forcejeo y más gritos. Acelera y dobla la esquina. Eh, tú, pero ¿qué haces? ¡Suéltala, mamón! Por favor, no te metas, está loco. ¿Tú de qué vas, abuelo? Esto no va contigo, circula. ¿Que circule? Para que la puedas zurrar a tu antojo... Creo que no, que no voy a circular. Se oye ladrar un perro y acto seguido otro justo después de que se agarren de las solapas y se miren con aire amenazador. Entre 20 y 25 contra 50 a 55, estatura y complexión similar y, por lo que se ve, similar mala leche. Se encienden luces en algunas casas. El joven suelta, se hace soltar con un golpe seco y se va corriendo. Ella está en el suelo y se empieza a levantar con lágrimas en los ojos. “Gracias, de verdad, muchas gracias. Si no llegas a aparecer no sé...” Se miraron fijamente, él la ayudó a levantarse y fue entonces cuando se dio cuenta de que había sido apuñalado.